

Amalia María YUSTE GALÁN, *La «señal» del pedrero. Obra y Fábrica del claustro de la Catedral de Toledo (1383-1485)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2022, 360 pp. ISBN: 978-84-9096-371-5.

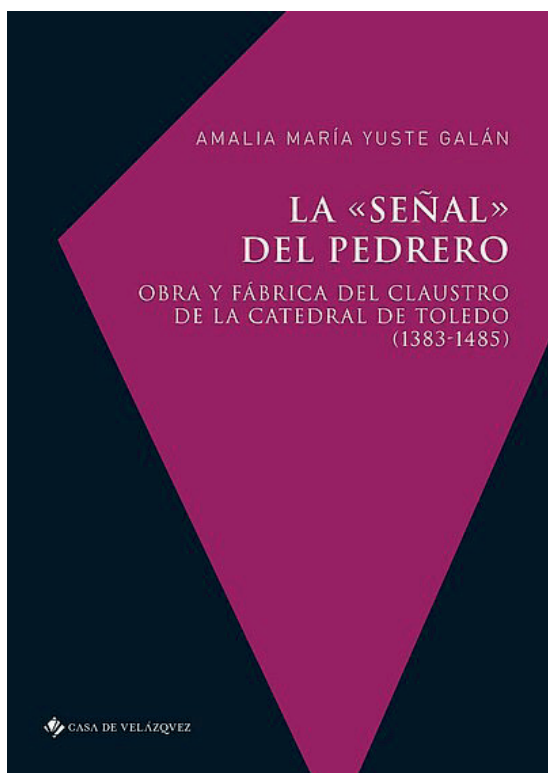
En 2023, cuando apenas faltan tres años para conmemorar el VIII Centenario del comienzo “oficial” de la construcción de la catedral gótica de Toledo, sorprende constatar lo mucho que queda por descubrir sobre este imponente monumento o, si le damos la vuelta a la frase, lo poco que aún sabemos sobre él. Eso es lo primero que pensé al leer el excelente libro de Amalia Yuste Galán, fruto de la Tesis doctoral que defendió en 2015

en la Universidad Complutense bajo la dirección de Matilde Azcárate Luxán y Javier Martínez de Aguirre Aldaz, y que ha visto ahora la luz gracias a una cuidada edición realizada por la Casa de Velázquez.

Se trata de una investigación que, como señala la propia autora en el prólogo, está a caballo de varias disciplinas: la Historia del Arte, la Arqueología de la Arquitectura y la Historia de la Construcción. El manejo de sus diversas metodologías y de las más actuales herramientas y programas de análisis –SIG, ArcGIS, HBDS, NEAR– le ha enseñado a mirar su arquitectura y a comprender la dinámica constructiva de uno de sus espacios más destacados durante el siglo que media entre 1383 y 1485. Ese espacio no es otro que el claustro catedralicio y, con él, los recintos que se levantan en su entorno: las capillas de San Blas y San Pedro y la torre de las campanas. Para poder desarrollar este estudio se parte de una sólida base bibliográfica y se combinan con pericia la consulta de una gran masa documental en el Archivo Capitular y el trabajo

de campo, esto es, la observación *in situ* de 3 800 piedras marcadas con esas “señales” del pedrero que figuran en el título de la obra y que tanto protagonismo adquieren en ella.

El libro se divide en dos partes. La primera es el estudio propiamente dicho, en el que, tras una Introducción que explica el funcionamiento de la Obra y Fábrica catedralicia, distribuye los contenidos en tres capítulos: “La praxis constructiva”, “Los pedreros y sus marcas” y “El claustro catedralicio y las edificaciones de su entorno”. A lo largo de ellos va



describiendo el complejo proceso de aprovisionamiento de materiales –piedra, madera, arena, cal, ladrillos, tejas– necesario para el desarrollo de las obras; el papel desempeñado por el numeroso personal –pedreros, albañiles, carpinteros– que participaba en la construcción; la geolocalización de los signos lapidarios que conservan los sillares del claustro; y, finalmente, la evolución constructiva de este espacio y de las edificaciones que lo rodean. La segunda parte se compone de cuatro anexos: un bien seleccionado apéndice documental; un listado de los maestros pedreros y otros oficiales de la Obra, que incluye sus salarios, los vínculos familiares existentes entre ellos y el detalle de los trabajos concretos que realizaron en la catedral; un conjunto de veinticuatro planos en los que localiza la distribución de las marcas epigráficas en los correspondientes tramos del claustro; y, finalmente, un detallado inventario y catálogo de las mismas. El texto lleva intercaladas más de cien figuras, entre fotografías, gráficos, diagramas y planos, además de culminar con un valioso glosario de términos y tres índices: onomástico, temático y topográfico.

El párrafo anterior, meramente descriptivo, no alcanza a expresar lo que realmente supone la investigación que nos presenta Amalia Yuste Galán. Es cierto que estamos ante un trabajo académico, que utiliza un lenguaje muy técnico en alguna de sus partes y que se sirve de numerosas citas textuales para aderezar sus afirmaciones. Ahora bien, eso no impide que en él haya un gran componente social porque, por encima de todo, está lleno de personas. Como bien dice la autora, su estudio relaciona lo material y lo humano, de ahí que por sus páginas desfilen mucho más que piedras: arzobispos, canónigos obremos, maestros mayores, aparejadores, maestros pedreros, mozos, criados y peones menos cualificados, muchos de cuyos nombres salen por primera vez a la luz. De hecho, ha sido posible rastrear la carrera profesional de algunos de estos pedreros, que comenzaron como mozos, llegaron a alcanzar el grado de maestro y prestaron sus servicios dentro y fuera de la catedral. Los apartados que mejor reflejan ese indudable componente social de la investigación son los dedicados a explicar la organización del trabajo tanto en las canteras como en el propio edificio y las obligaciones y derechos que tenían estas cuadrillas de empelados a sueldo de la Obra catedralicia (pp. 84-99).

Gracias a la información que ofrecen los Libros de Obra y Fábrica consultados, conocemos las largas jornadas de trabajo desarrolladas de lunes a sábado, desde la salida a la puesta del sol, y reguladas por el toque de las campanas. Se detalla también el calendario laboral, que fijaba los días de obligado descanso, es decir, domingos y demás fiestas de guardar, amén de aquellos en que la solemnidad litúrgica exigía paralizar las obras para preparar el templo con la debida antelación. Fundamental es el epígrafe que repasa los beneficios sociales y asistenciales que protegían a los trabajadores catedralicios y que compensarían su más bajo nivel salarial respecto a los jornales que se pagaban en la ciudad. Entre esos derechos estaba el de percibir su paga en caso de accidente o enfermedad; permitirles faltar al trabajo para asistir a las fiestas en honor del santo patrón de sus cofradías, así como a la boda o entierro de familiares cercanos; y percibir una pensión vitalicia cuando la enfermedad o la edad les impidiera cumplir las exigentes tareas de su oficio. Sin duda, son cuestiones que aportan información de gran relevancia para conocer la organización del trabajo en el medio urbano bajomedieval.

La catedral y sus trabajadores son, a tenor de lo dicho, los indiscutibles protagonistas del libro, pero en un tercer lugar está muy presente la propia ciudad de Toledo, que se ve afectada en lo bueno y en lo malo por esa inmensa actividad constructiva: en lo bueno, por los puestos de trabajo directos e indirectos que propicia, y en lo malo, porque el paso constante de carretas y bueyes con piedra y otros materiales desde sus lugares de extracción hasta los talleres de la catedral alteraba el día a día de sus espacios y obligaba a reparaciones constantes de sus puentes y arterias principales. Ello es la mejor demostración de

que las catedrales –y la de Toledo no es una excepción– formaban parte no solo del paisaje urbano, sino también del paisaje humano de las ciudades que las albergaban, porque eran muchas las personas que de una u otra forma estaban ligadas al discurrir de estos templos y se veían concernidas por sus avatares y circunstancias.

Por todo lo expresado considero que estamos ante una investigación modélica, e innovadora que se sirve de las más modernas técnicas y cuyo tratamiento interdisciplinar permite a su autora “recuperar algunas claves para entender la compleja organización de una construcción medieval” (p. 171). Además, abre perspectivas de análisis que no siempre prevalecen cuando se habla de la arquitectura catedralicia. Dos me parecen especialmente interesantes. En primer lugar, aquí no se pone el foco en cuestiones estilísticas ni en describir solo los escenarios más afamados. Por el contrario, el texto nos permite conocer esas otras dependencias –talleres, corrales, bodegas, almacenes– que se localizaban en el propio edificio o en zonas cercanas y que eran imprescindibles para el desarrollo de los trabajos. La lectura nos deja igualmente impresiones menos definidas, pero que subyacen entre sus líneas: el ruido y el polvo que ocasionaban las obras, el riesgo constante de sufrir caídas y accidentes, y el imparable trasiego de personas y materiales en el entorno catedralicio. En segundo término, el texto no se centra únicamente en el papel de los prelados como promotores ni en la aportación de los afamados artistas que firmaron los encargos. Aquí cobran protagonismo las diversas cuadrillas de trabajadores y, en última o primera instancia según se mire, el cabildo catedralicio, pues era él quien estaba al frente de esta incesante labor constructiva y quien con mano firme debía vigilar el cumplimiento por parte de todos de sus obligaciones, así como armonizar gastos, calidad de materiales y responsabilizarse del acabado final de las obras.

En suma, el libro de Amalia Yuste refleja el día a día de un organismo vivo, pleno de actividad y en constante movimiento, que debía compatibilizar el normal y solemne desarrollo de la liturgia –en el coro, el presbiterio y las distintas capillas y altares– con ese constante ir y venir de materiales y obreros. Por todo lo dicho recomiendo vivamente su lectura y estoy convencida de que será un referente para quienes desarrollen estudios similares en otras catedrales y para los que, como es mi caso, quieran conocer mejor el pasado de la catedral de Toledo.

María José LOP OTÍN
Universidad de Castilla-La Mancha
mariajose.lop@uclm.es
<http://orcid.org/0000-0002-2273-8618>